



Sección [RESEÑAS Y CRÍTICAS](#)

Reseñas y críticas

Índice

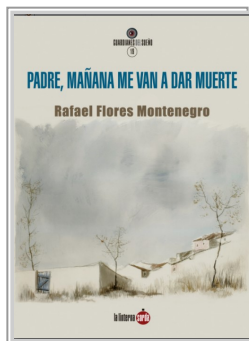
[L15-14-71 Reseñas y críticas](#)

1. [¿Qué está pasando en la escuela pública? Una visión compartida con análisis y propuestas de profesores de educación secundaria de la Comunidad de Madrid, de Isidro Miguel García, por Enrique Ortiz Aguirre.](#)
2. [Vietnamitas contra Franco. Letras perseguidas y espacios secretos, de Jesús A. Martínez, por Javier Fernández Delgado.](#)
3. [As Pedras que Choram o Douro, de João Rasteiro, por Concha López.](#)
4. [Orografía del sentido, de José Alberto Maestro, por Silvia Eva Agosto.](#)
5. [Juegos privados, de Carmelo Chillida, por José Luis Morante.](#)
6. [Padre, mañana me van a dar muerte, de Rafael Flores, por Margarita López Bonilla.](#)
7. [Max Aub Mapa. Documental interactivo, con dirección de Elisa Ferrer, por Javier Fernández Delgado.](#)
8. [Luis Martínez de Mingo: Estigia, por Félix Hinojal.](#)
9. [Leer la mente. El cerebro y el arte de la ficción, de Jorge Volpi, por Enrique Ortiz Aguirre.](#)
10. [También la incertidumbre entre nosotros, de Celia Corral Cañas, por Pablo Torío Sánchez.](#)

6.

Rafael Flores Montenegro

Padre, mañana me van a dar muerte



Madrid: [La linterna sorda](#), 2023.

128 páginas.

EAN: 9788412646412 · ISBN: 978-84-126464

por Margarita López Bonilla

Descargas:  PDF

Las voces de los derrotados

Si el telón de fondo es la derrota de la República española y las consecuencias para sus defensores, la casa es en *Padre, mañana me van a dar muerte* el eje sobre el que giran los acontecimientos. Una casa en la que las voces espectrales de quienes la habitaron se suceden y tejen un relato discontinuo y fragmentario en el que se entrelaza el pasado y el presente.

La numerosa población de origen español en América Latina contribuyó a que la Guerra Civil se viviera en primera persona: familiares y amigos compartían mediante las cartas —único medio posible entonces— el dolor de los suyos al otro lado del Atlántico. Por otra parte, no menos importante, desde EEUU hasta Argentina, las universidades se enriquecieron con el aporte de intelectuales españoles obligados a abandonar su tierra. Años después, las dictaduras del pasado siglo empujarían a muchos a emprender el camino inverso: el exilio en España.

Por su biografía sabemos que Rafael Flores Montenegro tuvo una activa vida sindical y, por ello, más tarde, padeció años de cárcel en tiempos de la última dictadura militar argentina. Desde 1979 reside en España donde, además de su

actividad como coordinador de talleres de lectura y escritor, ha dirigido un programa de tango durante muchos años en diferentes emisoras y cuenta con una amplia bibliografía sobre el tema. El autor reconoce haberse interesado en la Guerra Civil durante el encierro forzado por la pandemia. Sin embargo, es imposible no vincular los tiempos oscuros en que se lo persiguió por sus ideas disidentes con la fuerza de los pensamientos de Demófilo: «Siempre atentos a las voces de los guardianes. Voces que pueden cambiar de golpe los pensamientos, las conversaciones, el color del sol, los ánimos, el estómago. Una voz de cualquiera de ellos modifica el mundo. La mención de tu nombre puede ser la felicidad de una carta. O la certeza de una bala que te quitará la vida».

La novela que nos ocupa, *Padre, mañana me van a dar muerte*, se suma al inmenso repertorio de obras de arte, no solo literarias, cuyo tiempo es el de la contienda fratricida, con una impronta testimonial que conmueve al lector. El texto se inscribe en el relato fantástico, de tan abundante y variada producción en la América hispana, y presente en los cuentos y novela anteriores del autor. En esta entrega, se vale tanto de recursos tradicionales de la literatura —atribuir a otro la autoría del relato—, como mucho más modernos —el personaje que observa al narrador—. Sus protagonistas son gente común, campesinos castellanos castigados con el atraso y la despoblación por haberse resistido a los nacionales.

Se trata de un relato polifónico, dividido en partes, cuarenta y una en total; esta estructura obedece al modo en que se va construyendo la trama, mediante múltiples narradores en primera persona. El protagonista —Demófilo— es el primero en aparecer todavía vivo, con sus reflexiones desde la prisión, y quien cierra la historia en la casa familiar, desde el futuro. Con el correr de las páginas, vamos encontrándonos con los demás partícipes de la tragedia que sobreviene a los Lascaso, cuando los tres hijos varones son apresados por sus actividades sindicales y su defensa de las leyes de la República: Francisco, el padre; Serapia, la amante compañera; Juliana, la hermana ausente y el nuevo habitante de la casa familiar. Este último es, además, narrador omnisciente, que interrumpe el monólogo interior de cada uno de los personajes para dar detalles, oficiar como testigo o introducir recuerdos de la guerra ajenos a la trama principal: «Por algún lado se oyó esta historia».

Si el telón de fondo es la derrota de la República y las consecuencias para sus defensores, la casa es en *Padre, mañana me van a dar muerte* el eje sobre el que giran los acontecimientos. No solo ha sido el hogar de la familia por generaciones sino que, tras la muerte de todos ellos, será el lugar que conserve el recuerdo de los tiempos idos en diversos objetos —discos, facturas, postales— y, en particular, testimonios de aquellos acontecimientos, las cartas escritas desde la cárcel por los

hermanos y las arengas que Demófilo redactaba para las asambleas sindicales. Primero el padre y, tras su muerte, Juliana guardarán esas huellas del pasado sin saber bien para qué. Reflexiona el narrador: «Vivieron como haya sido y tengo la sensación de que esta casa fue el referente, hasta para darle el adiós a la vida como lo demuestran las cartas enviadas desde las prisiones. No digamos los deseos y las esperanzas de libertades... todo iban a disfrutarlo aquí».

La casa derruida también será el lugar al que la pandemia lleve al nuevo propietario, sudamericano, en busca de tranquilidad, lejos de las urgencias de la vida en Madrid. Durante esa estancia, no solo advierte cuánto ha de repararse tras años de abandono, sino que tiene oportunidad de revisar trastos y rincones; sus hallazgos van a convertirlo en el narrador de la historia. «De golpe las paredes desconchadas, los agujeros en el techo, la reunión arbitraria de muebles y armarios empezaban a convertirse en extrañas interrogaciones».

Si la casa puede considerarse un objeto mágico, parafraseando a Calvino, también lo son dos árboles; uno allí mismo, un chopo que crece entre las baldosas del baño en ruinas pese a que se lo tale cada vez que se advierte su vigoroso crecimiento, y otro lejano, un duro algarrobo con las raíces hundidas en lo profundo de la tierra, que sigue vivo también y sostiene la casa de la madre, porque nadie pudo con él cuando se construía. La vida empuja y persiste pese a todo, se oculta pero sigue ahí. Los árboles son metáfora de la historia narrada y vínculo que permite el salto en el tiempo y el espacio en la experiencia del narrador.

Juliana piensa que la casa es el tronco del árbol familiar y Demófilo, cierra la novela con esta expresión de deseo: «Seré árbol y escalera que conecte el piso de abajo con el de arriba, el pasado con el futuro, la tierra con el cielo».

Las voces espectrales de quienes habitaron la casa se suceden y tejen un relato discontinuo y fragmentario, no solo por el cambio casi constante de narrador, sino también por la ruptura temporal que entrelaza ese pasado con el presente del nuevo propietario y que también permitirá que el espíritu de Demófilo viaje en el tiempo para reflexionar sobre los cambios que observa en el mundo que lo ha rodeado vivo, el que soñaban sus compañeros de lucha y el que sobrevino tras la guerra: «¡Tanto predicamos! (...) Y esta tierra se llenó de coches (...) La gente se interesaba por tener cosas, aparatos, viajes que contar. Sobrevino la fiesta. (...) Tierra de paso, de servicios y de sol. (...) Nuestra guerra una franja en la historia, nada más...».

Hacia el final, Demófilo contempla al empeñado narrador de su historia, que nunca llegará a contar las cosas como fueron realmente: «Alguien, hijo de cualquier vecina, junta fragmentos, pedazos sueltos que insinúan la trama secreta de mi vida.

Su relato se acerca a lo que soy, pero no alcanza. He visto al pobre tipo buscar cómo hacerlo, desesperado tras esa sustancia esquiva y alada que son las palabras».

El narrador, única voz del presente, se pregunta en diversas ocasiones qué lo ha llevado hasta allí. Como lectores, respondemos que su sino era escribir una historia íntima y dolorosa, que se hubiese perdido entre los escombros de la casa, de caer en manos menos curiosas. No obstante, a los documentos encontrados se suman las presencias fantasmales que advierte y con las que decide convivir en armonía: «Los siento recorrer levemente los anaqueles, en la transparencia de sus curiosidades pasar de una estancia a otra. Pero no se arredran en los momentos en que me giro porque oí que algo se movió allí. Ellos pasan de la antigua casa a esta, a través de una puerta que no sé franquear.»

Padre, mañana me van a dar muerte es una novela que se cuestiona quiénes somos y qué huella dejamos al morir. Pero también el compromiso político, el sentido de la guerra, la persecución injusta por las ideas, la envidia, la mezquindad, la venganza. Otras guerras nos inquietan hoy, pero las preguntas siguen siendo las mismas. Novela intensa y muy actual en los interrogantes que nos deja.